

20. Homilía ante una muerte inesperada y trágica

Lamentaciones 3, 17-26

Marcos 15, 33-39; 16, 1-6

La muerte de nuestro hermano N. pone ante nuestros ojos la fragilidad y finitud del ser humano. La vida, este tesoro que todos hemos recibido, lo llevamos en una vasija de barro. Y en ocasiones acontece que este recipiente se rompe bruscamente, como ha sucedido hoy.

(¿Por qué, Señor?)

Ante esta muerte inesperada y trágica surge en el corazón de muchos un grito a Dios de reproche: ¿Por qué, Señor? ¿Por qué permites esto? Incluso algunos irán más allá y se llegarán a cuestionar su misma existencia: ¿Puede existir un Dios que permita esto? ¿Es posible compaginar la idea de un Dios bueno, un Dios Padre, un Dios todopoderoso, con la realidad que vivimos donde parece que Dios viviera ajeno a nuestro mundo, impasible ante los acontecimientos que nos sobrevienen, olvidándose de sus hijos? Querida familia, amigos y conocidos de N., os invito a que no sean estos los sentimientos que alimentemos.

Es verdad que nosotros, al igual que el texto de la primera lectura que hemos escuchado, podemos decir: *Me han arrancado la paz*. La muerte de N. nos ha arrancado la paz. Nos ha llenado de aflicción y amargura. No hacemos más que pensar en ello y estamos abatidos. Y como Jesús en la cruz nosotros también podríamos exclamar: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Pero el camino de la reprimenda a Dios, de la rebelión contra nuestro Dios, solo nos llevará a que la hiel invada nuestro interior envenenándonos.

(Dios comparte nuestro dolor)

Nuestra actitud debe ser, en cambio, la contraria: dirigirnos a nuestro Dios, que es fiel y compasivo, para recuperar la paz y la esperanza. En lugar de pensar por qué Dios ha permitido la muerte de N., debemos caer en la cuenta de que Dios respeta la autonomía de la creación, que no mueve los hilos del mundo como si fuésemos marionetas sino que deja que los acontecimientos de la creación que ha salido de sus dedos sigan su curso.

Pero esto no significa que Dios se desentienda de todos nosotros, esto no significa que Dios se olvide de la obra que ha creado. Todo lo contrario: Dios camina a nuestro lado para hacernos más llevadero nuestro paso por este mundo. Nuestro Dios es el Dios que siempre ha estado junto a sus hijos para compartir las alegrías y aliviar en las penas. Y hoy, aquí, en nuestra situación concreta, Dios llora con nosotros, comparte nuestro sufrimiento, apacigua nuestro dolor y nos infunde su paz.

(Esperamos la resurrección)

Pero no solo eso. Sino que, además, nos abre una puerta esperanzadora: La muerte no es el punto final de nuestra existencia. Con la muerte no termina la vida del hombre. Cristo, tal y como se nos ha proclamado en el evangelio, ha resucitado. *¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado?* dirá el ángel a las mujeres que van al sepulcro a ungir el cuerpo de Jesús. *No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron.* Cristo ha vencido a la muerte. Y nos hace a todos nosotros partícipes de su victoria. Su vida resucitada, inmortal y gloriosa la ha regalado a todos los que crean en él. Todos disfrutamos de su triunfo. Cristo ha resucitado y nosotros, como él, también resucitaremos.

[Así lo afirmaremos luego, cuando elevemos a Dios nuestra gran oración, la plegaria eucarística: *En él brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección; y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos*

consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo.]

Realmente, pues, la vida de nuestro hermano N. no ha terminado. Sino que N. ha pasado a otra dimensión. Esa es nuestra fe. Y, a nosotros, debe consolarnos la promesa de la futura inmortalidad, debe consolarnos saber que un día nos reuniremos con nuestro querido N. para contemplar eternamente el rostro de Dios. Esperamos ser recibidos un día en el reino de Dios y gozar, todos juntos, de la plenitud eterna de su gloria.

José Antonio Goñi